

PROA

URBANISMO • ARQUITECTURA • INDUSTRIAS

BOGOTÁ
COLOMBIA
DICIEMBRE 1952

66



INDICE
PROA

Revista PROA 66
diciembre - 1952

DIRECCION • ADMINISTRACION
AVISOS • SUSCRIPCIONES

EDIFICIO VASQUEZ
CALLE 13, No. 9-20
OFICINA No. 4-25
TELEFONO 16-197
B O G O T Á

DIRECTOR PROPIETARIO:
ARQT. CARLOS MARTINEZ

ADMINISTRADORA:
ALICIA CARDOZO DE VELEZ

SUSCRIPCION UN AÑO \$ 15.00
EXTERIOR U. S. \$ 6.00

NO SE ASUME RESPONSABILIDAD
POR LAS OPINIONES O CONCEPTOS
QUE SE EXPRESAN BAJO FIRMA

ECHANGES • EXCHANGES
CANJES • PERMUTAS
CALLE 13 No. 9-20 BOGOTÁ
C O L O M B I A

URBANISMO • ARQUITECTURA • INDUSTRIAS

NOTAS EDITORIALES

UNA ARTERIA ABANDONADA

La calle 15 es una de las vías más centrales de Bogotá. Nace en el núcleo comercial de la ciudad —San Francisco— y muere en la carrera 18, sobre el costado oriental de la vieja estación de los ferrocarriles.

Por cerca de 50 años el estrecho cauce de la calle 15 estuvo dedicado casi exclusivamente al tránsito de los tranvías eléctricos cuyo volumen y velocidad eran amenaza para los desprevenidos transeúntes. Por estas circunstancias los edificios y predios aledaños a ella no disfrutaron de la valorización que ha venido correspondiendo a los de otras vías menos centrales.

Cuando hace pocos años las autoridades municipales acordaron la suspensión definitiva de los tranvías capitalinos, los vecinos de la calle 15 se prepararon para una apropiada utilización de sus edificaciones. Esa calzada libre del estorbo del tranvía estimularía el tránsito de peatones y por consiguiente la apertura de almacenes comerciales con adecuados y atractivos alquileres. Pero los acontecimientos no suceden conforme a los propios deseos. Las optimistas esperanzas de los vecinos de la calle 15 poco a poco se fueron disipando, por motivo de unas obras que a todo su largo se emprendieron y se abandonaron casi simultáneamente, hace varios meses. Los escombros, excavaciones y desperfectos actuales impiden la circulación de vehículos y pocas son las personas que se arriesgan a caminar por sus desarregladas aceras, colmadas de altibajos y de vaches.

Sabemos que Bogotá tiene muchas calles que demandan aseo o reparaciones y que es casi imposible atenderlas debidamente con las escasas sumas que para semejantes tareas se asignan en el presupuesto. Pero las calles son la primera manifestación de lo que es una ciudad; por su aspecto conocemos el carácter y las preocupaciones cívicas de sus vecinos. Una calle bien presentada con andenes y calzadas debidamente ejecutados es indicio de orden, de aseo; por su cauce circularán sin tropiezo peatones y vehículos, los comerciantes tendrán mayores ventas y de consiguiente mucho esmero en la presentación de sus almacenes. Las calles con tropiezos, polvorientas en verano y anegadas en invierno enervan y alejan a los transeúntes, los comercios no prosperan y una paulatina pero segura desvalorización las va invadiendo.

La calle 15 por ser tan central y tan al alcance de las miradas de nacionales y extranjeros merece una pronta y adecuada presentación. A mejores calzadas corresponden mejores edificaciones, mayores rentas y por consiguiente más altos impuestos. Tener buenas calles es un negocio redondo con beneficios para todos.

CONTENIDO :

	Páginas:
En Pro de Bogotá	2
Aspectos más sobresalientes de la Ciudad Universitaria de México	10
Reglamento para participar en la 11ª Bienal de São Paulo	26

POR EL PROGRESO DE BOGOTÁ

DE "EL TIEMPO"

A todos los colombianos nos incumbe el progreso de Bogotá, capital de la república e integración necesaria de esa gran super-estructura que se llama UNION BOLIVARIANA.

Por consecuencia de medio se fundó en Bogotá, una elevada civilización indígena. Por efectos de naturaleza, apenas iniciada la conquista, se dieron aquí las manos Jiménez de Quesada, Federmann y Belalcázar. Por naturaleza también, la liberación de Bogotá, efectuada en la batalla de Boyacá fue golpe decisivo para la libertad de cinco naciones.

Quisiéramos que Bogotá, se presentara con un decoro digno de su historia y correlativo con su futuro, al celebrarse el III Congreso Botánico Suramericano.

Cuando se eligió a Bogotá para sede de la Conferencia Panamericana, se nos dio oportunidad para mejorar nuestra ciudad y dejar asentada su posición de ciudad culta. Entonces se llevó a cabo un esfuerzo titánico de mejoras en las que no sólo se invirtió dinero, sino el talento y el tesón de hombres ejemplares. Pero desgraciadamente la vesania colectiva destruyó en un día la labor de muchos años, y dígame lo que se diga, Bogotá quedó mal, en una

posición de cultura, no ya ambigua, sino tremendamente desfavorable.

Con el Congreso Botánico vuelve a dársenos la coyuntura, prevista por los naciones amigas del continente a raíz del 9 de abril, de volver por lo que Bogotá es en su esencia y debe ser en su presentación.

Quisiéramos llamar con tiempo a todas las fuerzas vivas de la ciudad, a su gobierno y a sus hombres comunes, para que Bogotá se presente en 1953 con la prestancia que hoy le falta.

En otra ocasión expresé un deseo que creo debe ser general. El de que Bogotá tenga un gobierno dedicado, no a hacer en ella cosas bonitas, sino a suprimir las feas, a pulir las aristas antipáticas, a mostrar nuestra exigencia de estética y de cultura. Examinemos algunos detalles:

Convido a todos los que aman a Bogotá, para que señalen en ella una sola calle perfecta, digna de la ciudad capital. No la tenemos. La Avenida Jiménez, centro hoy día del movimiento urbano, está afeada por el esperpento del Hotel Granada, atravesado a las miradas del turista como un biombo de trastienda, como prueba de nuestra aquiescencia con lo feo, con lo sucio y destartado.

La carrera décima está por hacer. La plaza de Bolívar, en cuyo ámbito repercute nuestra historia y debería ser una patena de elegancia, está destruída en su costado norte. El palacio municipal no dista mucho de los que en Quibdó llaman "palacios" de la gobernación y municipal: casas cualesquiera.

Pues, y los alrededores del Palacio (?) Presidencial, y de los ministerios, ¿qué son, sino barracas, casas a medias, verdaderos corrales de suburbios?

Del 9 de abril para acá todos los ministerios están pésimamente instalados. Son ratoneras, más que edificios públicos, sin ascensores, sin detalles de señorío.

El mismo Capitolio, que para la Panamericana quedó perfecto, hoy nos ofende con sus riseros rotos, sus letreros desadaptados, sus servicios amontonados, sus paredes, ventanas y guardaescobas averiados.

Bogotá, es, en toda su extensión una ciudad huérfana y pobretona, como si los edificios públicos elegantes no cumplieran ninguna función social de respeto, de dignidad colectiva, de necesidad estética, de estímulo hacia lo elegante y enseñanza del buen gastar.

Y siguen las cosas feas. Desde cualquier ángulo que se mire a Bogotá se le ve como un caserío en perpetuo, en interminable 'fieri' sin ningún acabado ni reposo. Lo que sí se ha hecho es demoler todo lo sugestivo de antigüedad, todo lo que pudiera ser típico y risueño.

En Bogotá, no hay un puente, ni una fuente, ni una fiesta popular, ni un detalle de buen gusto, ni una visión castiza. Se piensa reconstruir la recolecta de San Diego. Se medita hacer ésto... y lo otro. ¿Para cuándo? Para el día de San Blando.

Y como las construcciones, así van todos los servicios generales; todo a tropezones, desvincijado, con impresión de carromato. Hoy es la gasolina, ayer el acueducto, mañana la luz. Desde lo más elemental falta la organización. Consecuencia de todo ello es el envenenamiento, la acedia del carácter, que es general atribución, no del clima físico sino del ambiente moral.

Un punto que merece libros, es el de los servicios públicos. El que logra un puesto oficial, una migaja de autoridad, la emplea ciento por ciento en mostrar no su voluntad de servicio, sino su capacidad para torturar al público, para entorpecer las gestiones, para darse importancia. El policial, el agente de tráfico, el empleado de la energía, el de los teléfonos, el del acueducto, el de los bancos, el chofer, la verdulera, hasta el embolador, son sátrapas cuya misión primordial parece ser fastidiar, o como vulgarmente se dice "tirarse" a los demás.

Las colas, que por muchos son tenidas como una demostración de respeto ciudadano, son una afrenta de las empresas que no saben suprimirlas.

Y eso que no queremos hacer capítulo especial de

los rateros. Basta nombrarlos para que nos afluyan malos fantasmas hasta de debajo de las piedras.

En los Estados Unidos se hace un estudio especial para adoptar las medidas que dignifiquen al hombre de la calle. Se sustituyen las colas por los tiquetes numerados tomados de "Takacheck"; los policías se eligen entre gente proveceta, comprensiva, serena y bien educada. Al coche desocupado se le pone un letrero. LIBRE, para que quienes lo soliciten no se contraríen con la denegación del servicio. Nuestros choferes tienen un placer morboso en dejar plantada a la persona decente, en salpicar al bien vestido, en negar el servicio al que se está mojando.

Bogotá está envenenada de fealdad, de tosquedad, de mugre. Es decir, de aquello que más desdice de una ciudad capital, internacionalizable.

Hay errores fundamentales en la promoción de nuestra ciudad. Desde luego uno, que afecta tanto a la riqueza campesina como a la urbana: la mala tenencia de la tierra, que es lo que está matando a Colombia. Dueños de lotes que los tienen ociosos, valorizándose en el mismo centro de la ciudad, son sanguijuelas del trabajo y de las inversiones de sus vecinos.

Si miramos el plano de Bogotá, veremos las instrucciones absurdas de lo inútil en las zona urbana que cumple su función social. Bogotá está aherrojada, zunchada, por los lotes que se están valorizando, con los brazos cruzados. Como Colombia, que está destruida por las tierras baldías e improductivas, pero con dueños estorbo.

Este mal hace falta resolverlo bajo bandera del Rejo o la de Roque. No puede explotarse la angustia colectiva, por favorecer a unos cuantos dormilones, ni fomentar el estancamiento de Bogotá, su dispersión, su falta de viviendas, el mayor costo de sus servicios públicos, para que vivan los que ya, por otro lado, tienen con qué vivir, y sólo quieren ganar más.

Si los lotes vacíos se edificaran podríamos contar en Bogotá siquiera con una calle perfecta. De ahí a una verdadera avenida ciudadana con árboles, edificios, palacios, va mucho pero habría de ellos una esperanza.

Para que Bogotá sea digna capital o lo que es más, Atenas, Ciudad Universitaria, faltan museos, que no sean socavones; edificios de academias que no sean desvanes, salones de conferencias que merezcan la pena.

El lujo de los edificios públicos educa al pueblo. Mientras la capital no sea una ciudad generosamente tratada, las ciudades de Colombia no tendrán el estímulo que necesitan. Por lo menos quitémosle a Bogotá lo feo, que lo bello se nos dará por añadidura.